

HUMO Y ESTRELLAS
Ifni, la guerra ignorada

Benjamín Amo

Colección  *Novelaria*

 **NEMIRA**

Me tomaré la libertad de dedicar este libro
a una sola persona, por todo lo que me dió.

A mi padre, para ti.

PRÓLOGO DEL AUTOR

Soy de los primeros en afirmar que esto de los prólogos y los preambulos es un autentico “toston”. Cuando uno compra un libro, lo que pretende es meterse de lleno en la historia que nos cuentan, y no ponerse a leer las perogrulladas que el autor puede decir de su propia obra, cuanto le costó escribirla, o el rollo de turno que se nos quiera contar en esas páginas previas, que ahora nos ocupan. Mi editor me dijo que sería una buena idea apuntalar mis impresiones personales en esta reedición que ahora tiene entre sus manos, y yo, lejos de aburrirle, pretendo ser lo mas conciso posible.

El tiempo nos puede traer, en ocasiones, preciosos y pomposos regalos. En mi caso no voy a ocultar que este fue el sentimiento que me provoco la noticia sobre la reedición de *Humo y Estrellas*. Fue publicada por primera vez en 2001, constituyendo mi primera obra publicada. Por tanto, siempre la consideraré mi “niña pequeña”, cuya infancia ya pasó y ahora me llega en forma de adolescente deslenguada. Pues revisar lo que uno escribía a una edad tan primigenea, como la que yo tenía por aquel entonces, me hace en cierta medida enrojecer. Pero todo puede ser achacable a ese frescor juvenil, la espontaneidad, el libre albedrío de unas ideas, que por esas latitudes gregorianas, retozaban sin mucho control estilístico.

El escenario en el cual se mueve gran parte de la acción, Sidi Ifni, es un lugar paradigmático, un bucólico pueblo de la costa marroquí que en su día fue territorio español. Hoy puede ser considerado como una zona “estanco”, pues el tiempo parece haberse detenido allí, es como si nada hubiera pasado en los últimos cincuenta años. Incluso las botellas de *Coca Cola* mantienen un diseño que yo sólo recuerdo en el cine americano de la época de Marylin.

Esperemos que el tiempo que nos persigue de forma inexorable mantenga a buen

recaudo paraísos del tiempo como el que nos ocupa, altares para la creación de historias, precioso y árido escenario en el que los personajes parecen flotar por encima de las palabras. El incienso de Ifni, su mar bravo. Volveré a olerte, volveré a escucharte.

Él ya había montado en algunos aviones, pero ninguno tan pequeño y a la vez tan acogedor como aquel de la *Royal Air Maroc*. Le hubiera gustado viajar en primera clase con unos asientos más amplios y viendo esa forzada sonrisa de la azafata, sonrisa que cuando llegaba a los asientos de la clase turista parecía más débil, y es que en primera incluso se le ven los dientes blancos como los de un anuncio de dentífrico, mientras que en turista solo sus labios compungidos el uno con el otro mientras sirve un reconfortante café. El despegue había sido de los más normal, por lo que miraba por su ventana y pensaba en como había llegado hasta allí. “Estudia una carrera y tendrás futuro”, esta era una de las frases que más había oído en su época adolescente, todo un tópico no falto de razón. Sin embargo, tenía veintisiete años, era periodista; y tenía un futuro incierto. Su gran ilusión habría sido trabajar en un periódico, revista, en definitiva vincularse al mundo de la información, tener el típico estrés periodístico: que si una entrevista por allá, que si hay que viajar a un país perdido, etc.; lamentablemente para el nada de eso era cierto. Apenas podía sostenerse económicamente e iba vagando errantemente por todos los periódicos y revistas buscando una oportunidad como si fuera un joven torero buscando un ruedo en el que mostrar sus artes. Lo que en esta ocasión le llevaba a Marruecos era su último cartucho por quemar, había gastado todo su dinero más lo que le había prestado su hermano para realizar este viaje y si no le salía bien pensaba retirarse e irse a su Valencia natal a trabajar en la fábrica de su padre. Al fin y al cabo Madrid es frío en invierno y caluroso en verano, y la verdad sea dicha estaba harto de correr en busca de noticias de barrio como atracos a farmacias y conflictos vecinales. Eso si, de haber salido bien podía haber sido la bomba, como al que no quiere la cosa le había llegado un “soplo” por un amigo del Ministerio de Interior. Se trataba de una posible conexión entre un grupo integrista musulman y la banda terrorista ETA, al parecer la pandilla de pistoleros vascos también buscaba establecer vinculos para el suministro de armas así como hacer contactos en el país para el trafico de hachis, al fin y al cabo de pegar tiros por las espaldas no se vive. Sin lugar a dudas si conseguía fotos, información o una especie de “garganta profunda”, podría

abrírsele la puerta de algún periódico y recalar en él, o en el peor de los casos comenzar a labrarse un futuro prometedor.

Ya sea por causas o azares, desgraciadamente nada de esto salió bien. Cuando llego a Casablanca lo primero que hizo fue localizar a los contactos que su amigo le había facilitado, pero la cosa no fue como el esperaba, y es que no es tan fácil como llegar, preguntar y dar en el blanco. Y si además añadimos que se preguntan cosas que no gustan pues se corre el riesgo de salir mal parado. Por suerte para él, Said, su intérprete en su breve periplo, consiguió encauzar las conversaciones para que lo dejarán marchar sin más. Aquellos dos individuos con los que se cito no parecían dispuestos a dejar que nadie les preguntara sobre aquel entramado. Menos mal que la cosa se quedó en eso, solo un susto. Corrió el riesgo pero nada más. Eso sí, tuvo que salir del país por piernas, eso por preguntar cosas que no pueden preguntarse. Para colmo de los colmos cuando volvía hacia el aeropuerto totalmente desansiado y con la moral atada a los cordones de los zapatos, le robaron la bolsa en la que llevaba la cámara de fotos de un drástico tirón. Apenas reacciono, tan solo un leve grito salió de su boca, un grito que casi no fue oído ni por el mismo. Se quedó petrificado, quieto, impávido ante lo que le había ocurrido. La gente seguía pasando por la acera bordeando a la nueva estatua en la que él se había convertido. No podía asimilar que las cosas pudieran irle tan mal en tan poco tiempo. Su brazo permanecía alzado en la dirección en la que huyó el ladrón con la cámara de fotos, con la mirada aun podía observar como este se perdía entre la multitud, y él allí parado. Su fiel *Canon* que le había acompañado siempre, de un conflicto vecinal a otro, había caído en manos de algún ratero marroquí del tres al cuarto. Y lo peor de todo es que las pocas fotos que había podido tomar a escondidas durante la charla con aquellos mafiosos, iban en el carrito que llevaba puesto la máquina. En definitiva, un chasco tremendo. Pensó que cuanto más tiempo pasara en aquel país de cactus más margen de desgracia tenía, y la verdad es que en veinticuatro horas había sido amenazado de muerte y había sufrido un robo a plena luz del día, de esta forma cualquiera tendría ganas de salir pitando. Por lo que en ese mismo día tomó el avión de vuelta hacia España.

Curiosamente la misma azafata de la mañana, los mismos dientes en primera, el mismo labio apretado en turista. De nuevo los pensamientos se agolpaban sobre su cabeza, esta vez todo comenzaba a estar claro: “Cuando llegue a Madrid me vuelvo a Valencia, pero sin pasar por el piso”. Sus pensamientos eran ahora bastante nítidos, “el periodismo no es para mí-pensaba- y si lo es será para ser el “pupas””. Tenía pensado coger un taxi desde Barajas hasta Chamartín y allí con las cinco mil seiscientas pesetas que llevaba encima coger un TALGO hacia Valencia. Después pasados unos días volvería a Madrid a por sus cosas. En el estado anímico en el que estaba no podía estar solo en el cuchitril que tenía por casa, necesitaba los cuidados y la atención de sus padres.

Tras un par de horas en ese avión tan pequeño pero acogedor y acompañado

nuevamente por la azafata cuyo rostro reflejaba más cansancio que en el vuelo de la mañana, por fin aterrizó en Barajas. Recogió su mochila con los cuatro trapos que llevaba y se encaminó hacia la salida; desde allí pudo tomar una bocanada de algo parecido al oxígeno que es lo que se respira en Madrid, esto le ayudó a mentalizarse para llevar a cabo su vuelta a casa, dio unos pasos hacia la calzada llena de taxistas ávidos por recoger turistas y con aire malhumorado abrió la puerta del taxi cuyo propietario permanecía ajeno a la cacería de sus compañeros y casi sin ganas ordenó a aquel hombre que se dirigiera a la estación de Chamartín. Eran ya las diez y media de la noche, “casi con toda seguridad que el TALGO ya habrá salido”, pensó él, “pero con un poco de suerte podré coger el tren cama, la última vez que viaje en él pase toda la noche en vela aferrado a mi mochila para que no me la robaran ya que en cada estación subía y bajaba gente en mi compartimento, pero que otra cosa puedo hacer. ¿Quedarme en Madrid?. Desde luego que no, necesito desconectar de todo y darme un tiempo para pensar en mi futuro de una manera más sensata”. De esta manera y refunfuñando en voz baja hablaba consigo mismo, al tiempo que el taxista le avisa que ya habían llegado. Allí estaba, a las once menos cuarto de la noche, sin ducharse, habiendo estado en el continente africano ese mismo día, sin reportaje, sin cámara de fotos, con el dinero justo y para colmo de males sin probar bocado desde que cogió el avión aquella misma mañana.

Para ser un poco tarde había bastante gente en la estación, quién sabe, quizá todo el mundo deseaba salir de la ciudad aquella misma noche. El caso es que se encaminó hacia el panel en el cual se anunciaban las próximas salidas, como ya suponía el TALGO con destino a Valencia ya había efectuado su salida a eso de las siete y media de la tarde, así que buscó con la vista la hora de salida del tren ESTRELLA, es decir, el tren cama. Los pelos se le pusieron como escarpas cuando comprobó que este tren efectuó su salida a las veintidós horas de la noche.

- ¡No puede ser! - dijo sobresaltado.

Se acercó más aún al panel y puso toda su atención en aquella línea: “ *Tren: ESTRELLA. Destino: Valencia. Salida: 22:00....Vía: 5* ”.

No se lo podía creer, se resistía a quedarse otra noche más en Madrid. Su desilusión fue tal que soltó la mochila y esta cayó al suelo, no sabía que hacer, demasiados problemas en un solo día, estaba acostumbrado a encontrarse con impedimentos pero de una forma más repartida, no todos de golpe. En fin, que podía hacer tan solo resignarse a pasar una noche más en aquel bosque de hormigón llamado Madrid. Se dirigió a la ventanilla de venta de billetes, para informarse de la próxima salida hacia Valencia y comprar el billete.

Un empleado de RENFE estaba al otro lado de la ventanilla, con cara de pocos amigos, tenía un espeso bigote que recordaba al de José María Iñigo, el Ducados colgaba de su boca haciendo equilibrios por no descolgarse.

- ¿Cuál es el próximo tren para Valencia?- le preguntó.
- Mañana a las siete treinta sale un TALGO con destino a Valencia.- le contesto con una desgana que le irritaba.
- ¿No hay ningún tren cama que salga antes?- pregunto esperanzado.
- El tren cama salió hace cincuenta minutos.- el cigarro titubeo entre sus labios al contestarle.
- ¿Qué precio tiene un billete en segunda clase para el TALGO a Valencia?- la resignación sé hacia palpable en su rostro.
- Cinco mil pesetas.- su mostacho se movía al compás de la boca.
- Deme un billete en segunda, por favor.
- ¿Zona de fumador?.- le pregunto.
- No fumador.- obviamente no estaba dispuesto a meterse en un vagón lleno de gente fumando como aquel empleado de RENFE.

Al instante le puso el dinero en el cajoncito, aquel señor con aspecto semi funcional lo cogió y se lo volvió pasar, esta vez con el billete del tren. Se aparto de la ventanilla, se giró y pensó que eran casi las once de la noche, y que su tren no salía hasta la mañana siguiente. Podría haberse ido a dormir a su piso, pero con el dinero que le había sobrado no iba a tener suficiente para pagar la carrera del taxi y quedarse a medio camino para continuar a pie tampoco le hacía mucha gracia, así que... decidió quedarse a pasar la noche en la estación. Parecía la decisión mas sensata, al fin y al cabo, allí se estaba caliente y sino para el taxi para un buen bocadillo de jamón si le había quedado. Por lo que ese fue su siguiente paso, comprarse un buen bocadillo y saciar así el hambre que le venia avisando durante todo el día. Se sentó, con el bocadillo ya comprado, frente a las ventanillas de venta de billetes y por fin comenzó a degustar ese delicioso manjar típico de España, el jamón. La verdad sea dicha es que el bocadillo le duro cinco minutos y con él estomago ya lleno los ojos empezaron a pesarle y el cuerpo le pedía una pequeña tregua que el no dudo en conceder, por lo que se tumbó, como pudo, en aquellos bancos de metal azul, su mochila hizo la misión de cabecera improvisada. A pesar de las pésimas condiciones de su peculiar colchón quedo dormido casi al instante.

De repente algo o alguien le despertó, giró la cabeza y miró hacia arriba; era el guardia de seguridad.

- ¿Caballero a qué hora sale su tren?- le preguntó con voz severa pero amable.
- A las siete y media. –respondió medio adormilado.
- Lo siento, pero a menos que su tren salga antes de las cinco tiene que abandonar la estación ya que cerramos las instalaciones desde las doce de la noche hasta las cinco de la mañana. –le informó.

- De acuerdo. –dijo con voz adormilada mientras se incorporaba.

No se podía creer que había dormido durante casi una hora. Pero ahora las cosas parecían empeorarse, aun más. Tenía que pasar toda la noche en la calle. Y así, medio dormido, encamino sus pasos hacia la cálida noche madrileña. Había algo que le consolaba y era el comprobar que no era el único al que habían obligado a pasar la noche fuera, junto a el otras diez o doce personas se disponían a abandonar las instalaciones de Chamartín. La noche estaba tranquila y el ambiente en la calle era confortable, pese a las circunstancias. Unos ocho o nueve taxis esperaban clientes en la puerta de la estación, y mientras estos no llegaban, los conductores hablaban animosamente de sus cosas. El mientras tanto buscaba un buen sitio para pasar las próximas cinco horas; un pequeño muro que rodeaba un jardincito parecía prestarse como voluntario para ser su compañero de sueño aquella noche, y así fue, se sentó sobre él y pudo comprobar en sus posaderas la dureza y el frío cemento del que estaba echo aquella especie de baldosa gigante. Miro a su alrededor para comprobar que todo garantizaba su seguridad, aunque ya no le quedaba nada de valor para robarle; pudo observar una maquina expendedora de refrescos, una pareja de jóvenes que estaban comprobando la calidad del césped a base de revolcones, aquellos taxistas hablando de don Santiago Bernabeu, en fin nada que no le permitiera volver a reconciliar el sueño que minutos antes había interrumpido el vigilante jurado con aires de Jhon Wayne. Volvió a colocarse la mochila a modo de cabecera y se tumbo mirando hacia arriba, ante el todo un cielo estrellado al que poco a poco iba diciendo adiós para pasar a dormirse.